



Tiene la fantasía alucinada que engendra nuestro suelo y la cautela de los escarmientos. Yendo seguro se remonta fácilmente y entonces surge en él la necesidad de recoger en un sustantivo o en una frase el vuelo de su imaginación para denotar la altura a que iba, que es grande siempre, y deja al interlocutor perplejo observando el estro fecundo fuera de órbita. En suma, unos rasgos quijotescos con todo lo bueno inherente a la hidalguía caballerescas acentuado al sublimarse por la pincelada verbal inesperada y sorprendente que no admite comparación ni componendas, que es lo que es, la ascensión de la mente hasta el límite de sus posibilidades, plasmada en un vocablo irreal, como tiene que ser en esos casos. Pero Heliodoro es también un hombre positivo y muy impuesto, pues aunque se llama Cervantes es de segundo apellido. Antes y lo primero es Sánchez y eso, por contraste con la realidad preconcebida, es en él lo estilizado, lo Junquillo. Lo gordo es lo que le viene del celeberrimo apellido.

No son exclusivamente suyos estos atributos, tan comunes en nuestra tierra, aunque en él adquieran el carácter de sobresalientes. Muchas de estas deformaciones son de origen madrileña, pero como Madrid a su vez, las recibe preferentemente de Andalucía y Alcázar está en el camino, resulta influenciado por ambos costados y por el centro con lo propio de todas las deformaciones del habla popular.

Contaba Arturo que un día discutió con Heliodoro sobre el Pósito y cuando empezaron las voces, exclamó Heliodoro: